

# Con la palabra y los gestos: Las misiones populares como instrumento de cristianización y re Cristianización en la España Moderna

*Soledad Gómez Navarro\**

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

## Resumen:

A través de un caso concreto ya conocido, esta colaboración presenta la definición, contenidos y finalidad de esta herramienta tan especial usada por los jesuitas y también los franciscanos a lo largo de la España Moderna, para introducir, asentar y siempre recordar la necesidad del perdón y la búsqueda de la gracia, esto es, para cristianizar y re Cristianizar a la sociedad católica de aquel tiempo.

## Palabras Claves:

España Moderna, Iglesia, función religiosa, cristianizar, misiones populares.

**With the word and the gestures: the popular missions like instrument of cristianización and re Cristianización in the modern Spain.**

## Abstract:

Across a concrete already known case this collaboration presents the definition, contents and purpose of this so special tool used by the Jesuits and also the Franciscans along the Modern Spain, to introduce, to suit and always to remember the need of the pardon and the search of the grace, this is, to Christianize and to re-Christianize the catholic society of that time.

## Key Words:

Modern Spain, Church, religious function, to Christianize, popular missions.

Parte de los muchos y muy diferentes instrumentos que la Iglesia española del Antiguo Régimen empleó para cristianizar y re Cristianizar a la sociedad de su tiempo en el uso de su función cultural, pastoral, religiosa o litúrgica, mediante la palabra –hablada y/o escrita- y los gestos –cartas pastorales, circulares, predicación, catequesis, administración de los sacramentos, evangelización o *cura* de almas, visitas pastorales, o ejercicios espirituales-, las misiones populares sobresalen, sin embargo, por la síntesis y sobre todo la riqueza de los recursos que ponen en juego, por la notoriedad que alcanzaron, especialmente en el Seiscientos, y por las filigranas religiosas de sus principales artífices, los jesuitas y los franciscanos. A través de un caso concreto que ya he analizado<sup>1</sup>, esta aportación traza, por ello, la definición,

rasgos y objetivos de esa herramienta tan especial de hacerse presente la institución eclesiástica en la sociedad católica para introducir, consolidar y siempre evocar la necesidad de conversión, la conveniencia de los buenos comportamientos y el especial destino final a que todo fiel católico está llamado, en medio de la tentación, el mundo, el demonio y la carne.

## 1.- LO QUE ES UNA MISIÓN POPULAR COMO FORMA DE CRISTIANIZACIÓN Y RECRISTIANIZACIÓN.

Como es bien sabido, hace ya tiempo dijo el añorado Domínguez Ortiz y luego otros historiadores han seguido señalando, una de las más singulares y significativas formas

\*Profesora Titular de Universidad, Historia Moderna.

<sup>1</sup> «Empezando a pastorear: la misión del cardenal Salazar en la Salamanca de 1682», en BERNARDO ARES, J. M. de (coord.), *La sucesión de la...*, 105-159.

de hacerse presente la acción de la Iglesia en la sociedad española del Antiguo Régimen fue la de las misiones<sup>2</sup>.

La actividad misional existió siempre y, por cierto, bastante homogénea en sus rasgos, tanto la desarrollada en países católicos como en tierras de infieles -misiones *ad intra* y *ad extra*, respectivamente<sup>3</sup>. La misión popular es método, modalidad e instrumento de evangelización -«evangelización itinerante», como se ha dicho<sup>4</sup>-, estrategia y mecanismo de cristianización o fórmula especial y excepcional de apostolado, no exclusiva de España, obviamente, pero aquí quizás de mayor incremento que en otros lugares, y además de caracteres muy específicos, con técnicas propias fruto de la experiencia y que sirvieron de modelo a las misiones de otros países<sup>5</sup>. No se trataba sólo de catequizar, sino también de enfervorizar y desterrar abusos y pecados. A fines del XVI ya existía en España una notable actividad al respecto, si bien los años áureos de las misiones corresponden al XVII y primera mitad del XVIII. El teatro de esta actividad fue todo el territorio peninsular, especialmente Andalucía y ambas Castillas. Sus protagonistas, normalmente el clero regular, pues pocas órdenes religiosas dejaron de interesarse en esta actividad, aunque fueron capuchinos, y sobre todo jesuitas, los que brindaron el más nutrido contingente de participantes a esta acción y manifestación de religiosidad popular, destacando, entre los primeros, fray Agustín de Granada y fray José de Caravantes, y, entre los segundos, los padres Pedro de León, Jerónimo Dutari o Pedro de Calatayud.

Con un gran conocimiento de la psicología popular, los misioneros utilizaron recursos efecistas y emplearon una oratoria simple, directa, que hablaba más al corazón que al entendimiento, y de gran contraste con el estilo *culto* de predicación entonces en su apogeo. Por lo general, los misioneros actuaban en parejas, por un itinerario previamente trazado y cuyas autoridades eran advertidas para que cooperasen. Durante la estancia de los misioneros en el lugar todos los vecinos vivían pendientes de estos ejercicios, que comenzaban con el recibimiento de aquéllos, continuaban con la predicación y confesiones, y terminaban con la procesión de penitencia, de la que y en la que participaba todo el vecindario. En ese marco y contexto, sobre todo, los misioneros miraban especialmente a la reforma de las costumbres, insistían mucho en los pecados

contra la castidad, y hacían un uso, a veces aun excesivo, del terror a la muerte y la pintura de los tormentos eternos, acudiendo a recursos teatrales tales como exhibición de calaveras o pinturas de almas condenadas para impresionar más a su auditorio. No obstante, y desde un punto de vista estrictamente social, también se obtenían resultados. Así, se apaciguaban los bandos, se reconciliaban los enemigos, se regularizaban uniones y deshacían amancebamientos, se combatía la usura, o se censuraban los abusos de los poderosos; si bien, y en esto existe bastante coincidencia, pese a su espectacularidad, por desgracia aquéllos eran poco duraderos: Cuando pasaba el clima y climax emocional, el curso de la vida volvía a sus antiguos cauces con todas sus corruptelas y vicios.

En este fenómeno del todo nuevo de los siglos modernos, pues sólo constan vagos antecedentes medievales, en estas estrategias pastorales plenamente articuladas para pueblos y aldeas, y su subsiguiente aplicación a las grandes ciudades, en esta evangelización sistemática de las gentes, rasgo especialísimo y distintivo de la Reforma católica, y de fuerte y profundo impacto no sólo en la práctica y sensibilidad religiosas sino también en la cultura popular, los jesuitas, como he dicho, desempeñaron un papel crucial en iniciar las misiones, que coincidió con los primeros años de la Compañía de Jesús, tanto que misionar llegaría a considerarse uno de sus ministerios más característicos e importantes. Su mismo nombre, «misión», las relaciona con las secciones correspondientes de la Fórmula del Instituto y de las *Constituciones*, y, de hecho, los jesuitas que trabajaban en áreas rurales descuidadas equiparaban frecuentemente su labor de evangelización con la de sus hermanos de los países de misión. Siendo uno de los protagonistas de este texto también jesuita, veamos esta participación con algún detalle<sup>6</sup>.

En efecto, Silvestro Landini tiene el mérito de haber sido el primer jesuita que se dedicó casi exclusivamente a la predicación en pequeñas poblaciones y aldeas, lo que hizo en Italia y Córcega desde 1547 hasta su muerte siete años después. Durante este periodo creó un plan para estas misiones que, en su cuadro y objetivos básicos, se haría casi paradigmático. Entre los elementos esenciales estaban el permanecer en un lugar alrededor de una semana, predicar e instruir cada día a grupos diferentes de la población,

<sup>2</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «Aspectos sociales de la...», pp. 13-4; *La sociedad...*, pp. 176-9. GONZÁLEZ NOVALÍN, J. L., «Religiosidad y...», pp. 367-371. ALDEA VAQUERO, Q.; MARÍN MARTÍNEZ, T.; VIVES GATELL, J. (dirs.), *Diccionario de...*, III, p. 1.497. MARTÍNEZ RUIZ, E. (dir.), *Diccionario de...*, p. 186. MATEO AVILÉS, E. de, «Las santas...», p. 175. CHATELLIER, L., *La religión de los...*, pp. 19-140. VENARD, M., «Du carême à la...», pp. 9 y ss. En esta línea *vid.* la más reciente aportación al respecto: «Confesionalización y disciplinamiento social en la Europa Católica (siglos XVI-XVIII)», n.º 25 monográfico de *Manuscrits. Revista d'Historia Moderna* (febrero 2008).

<sup>3</sup> SORREL, Ch.; MEYER, Fr. (Actes réunis par), «Avant...», p. 7. BROGGIO, P., *Evangelizare il...*, 2004.

<sup>4</sup> MORÁN, M.; ANDRÉS-GALLEGO, J., «El predicador», p. 193.

<sup>5</sup> *El misionero perfecto*, del P. Martín Lanaja (Zaragoza, 1672); *Práctica de misiones*, del capuchino Fr. José de Caravantes (1674); o *Misionero instruido*, de Echevert: *Apud*: DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «Aspectos...», p. 13.

<sup>6</sup> O'NEILL, Ch. E.; DOMÍNGUEZ, J. M., *Diccionario...*, III, pp. 2.691-3. FERNÁNDEZ DE ROTA, J. A., «Tradición y...», pp. 115-7. PROSPERI, A., «El misionero», pp. 226-7, 230-1. NAVAS, A., «San Ignacio como...», pp. 219-222. DOMPNIER, B., «La Compagnie de...», pp. 155 y ss. LOZANO NAVARRO, J. J., *La Compañía de...*, pp. 140-9. SOTO ARTUÑEDO, W., *La fundación del...*, pp. 143-6. PALOMO, F., *Facer dos...*, 2003.

incluido el clero, y asegurar la perseverancia en los buenos propósitos estableciendo cofradías y otras instituciones que quedarían después de la marcha del misionero. Sus sermones, duraderos muchas veces hasta dos horas, trataban del pecado, la misericordia de Dios y temas similares de la «Primera Semana» de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio, de manera que parece haber sido el primero que los adaptó a la predicación popular, práctica que se convertiría pronto en típica de este ministerio.

Esta clase de predicación estaba bastante extendida ya en la Compañía de Jesús para cuando Claudio Acquaviva fue elegido General, pero es indudable que éste le dio un impulso determinante con tres circulares (1590, 1594, 1599) y su *Instrucción* sobre el mismo tema. En la primera carta manda que cada provincia designe al menos seis jesuitas para dedicarse exclusivamente a este trabajo, en la de 1599 que todo jesuita en activo predique al menos una misión al año, y la *Instrucción* es un resumen de objetivos y medios, fruto seguramente de la experiencia de los decenios anteriores. La finalidad de las misiones –ayudar a las personas que, por ignorancia de lo que es necesario para la salvación, viven en pecado y peligro de condenación– sugiere los asuntos que debería tratar el predicador y, por tanto, con su *Instrucción* codificaba definitivamente el plan fundamental de aquéllas.

Hasta 1601 estos programas, minuciosamente organizados y amplios, parece que se desarrollaron solamente en pueblos pequeños y aldeas. Pero en el verano de aquel año Pietro Antonio Spinelli, provincial de Nápoles, organizó con el apoyo de Acquaviva una serie de misiones para cada sector de la ciudad de Nápoles sucesivamente. El experimento tuvo un gran éxito; por el mismo tiempo, Nicolo Promontorio y Pietro Gravita establecerían, con la aprobación también de Acquaviva, el oratorio de Caravita de Roma, que proyectaba la evangelización sistemática de la ciudad. Así, durante el primer cuarto del XVII, las misiones rurales empezaron a tener sus paralelos urbanos.

Avanzado el siglo Paolo Segneri, aun manteniendo la estructura básica, ya tradicional, de estas misiones, creó nuevos métodos y procedimientos. El estilo de oratoria sagrada que inició fue uno de los factores de su método misionero. Más efecto causaban los dramáticos ardides empleados para impresionar a sus auditores: Procesiones de penitencia, quema de naipes, libros licenciosos y objetos similares, deposición de armas destinadas a la venganza en el altar de la Virgen, o distribución de estampas y otro material impreso al final de la misión. Todo ello convergía en el ambicioso plan trazado por su discípulo y compañero Giampietro Pinamonti, pues toda la diócesis, incluida la sede episcopal, entraba en su objetivo. La misión había que predicarla durante una semana en cada población hasta abarcar la diócesis entera. El método de Segneri gozó de popularidad por mucho tiempo en Italia y atrajo otros

eficaces predicadores como Antonio Baldinucci. A comienzos del Setecientos se extendió a Suiza y, sobre todo, a Alemania, a través del esfuerzo de Fulvio Fontana y de Konrad Herdigen y Georg Loferer, que fueron a Italia para aprender los nuevos métodos de Paolo Segneri junior, sobrino de Segneri senior.

Los orígenes y desarrollo de las misiones populares son más fácilmente verificables en Italia, pero ya para el tiempo de Acquaviva se registraba una intensa actividad misionera en muchas otras partes de Europa.

Así, Pedro Canisio mostró cierta reserva en 1581 a que los jesuitas de Alemania se dedicasen en gran escala a esta clase de predicación, pero fue arraigándose en los decenios siguientes y, desde entonces, se hizo una importante actividad pastoral, siendo su figura más eminente, además de los citados Herdigen y Loferer, Philipp Jeningen. El suizo Charles de Maillardoz tuvo gran éxito tanto en su patria como en Suabia y Bohemia; y otro tanto puede decirse del húngaro János Stankovits, quien predicó también en Turquía.

En España las misiones tienen orígenes tempranos, pero sólo en los siglos XVII y XVIII emergieron los grandes predicadores. El primero de ellos es el conocido Jerónimo López, que comenzó hacia 1618 y se adelantó a Segneri en cuanto a métodos dramáticos. También el ya mencionado Pedro de Calatayud, considerado a veces como el mayor predicador de misiones de España y Portugal, desarrolló aún más estos métodos en el siglo XVIII. Más sobrias fueron las misiones de Tirso González, futuro general de la Orden jesuítica y uno de los protagonistas de esta aportación, y de su compañero Juan Gabriel Guillén, quienes, de hecho, se movían con frecuencia en un alto nivel espiritual y enseñaban métodos de contemplación tanto a seculares como a clérigos. Entre otras actividades, promovieron la lectura de autores como fray Luis de Granada o Luis de la Puente, pero su predicación estuvo asimismo marcada por el rigorismo moral, siendo en particular notables sus intentos de predicar sermones especiales para musulmanes en algunas de sus misiones.

En Francia, los casos más notables fueron san Juan Francisco Régis y Julien Maunoir. Éste último, influido por el abate Michel Le Nobletz, se esforzó especialmente por formar sacerdotes seculares que colaborasen en este trabajo. Mientras en Italia, España y Portugal el objetivo era combatir la ignorancia, la superstición, las venganzas y los vicios arraigados, en Francia, Alemania y otros países nortños la finalidad original, que en algunos sitios siguió siéndolo aun después, fue la conversión de los herejes y la refutación de su falsa doctrina, si bien, en general, las misiones populares del Antiguo Régimen, según las percibían en la época, eran «penitenciales», con los jesuitas como sus principales promotores, o «catequéticas», promovidas sobre todo por Vicente de Paúl y sus imitadores. Esta distinción es bastante

válida, aunque las misiones de los jesuitas presentaban cierta variedad, como se ha indicado<sup>7</sup>, y tampoco le faltaron críticos, incluso entre los católicos. Así, Leonardo de Porto Mauricio juzgaba demasiado teatrales sus métodos, y a mediados del XVIII el capuchino Francesco Monetti compuso sobre ellos un poema satírico, *La Cortona convertita*, que tuvo gran éxito.

Como decía más arriba, partiendo del caso concreto de la convocatoria y predicación de una misión que liderará el cardenal Salazar, personaje sobre el que también ya he empezado a arrojar alguna luz<sup>8</sup>, con el mencionado Padre Tirso González en Salamanca –misión *ad intra*, pues, o de las Indias «de acá», como también se ha dicho<sup>9</sup>, no de las de allá o misiones de infieles<sup>10</sup>, distancia más en la forma que en el fondo como sabemos, y también bastante curiosa porque era poco usual que la iniciativa partiera del prelado y para una ciudad<sup>11</sup>-, y sustentada documentalmente en una misiva, cuyo mismo autor-narrador y su destinatario son anónimos, y, por ende, sin descartar que se trate de un artificio literario<sup>12</sup>, esta colaboración sólo aspira a ser una contribución más al conocimiento de esta singular forma de predicación que fueron las misiones populares, y a la ampliación de su historiografía, tan necesitada, como asimismo se ha expresado, sobre todo de profundidad, sistematicidad y especificidad<sup>13</sup>.

## 2.- LO QUE CONTIENE UNA MISIÓN COMO INSTRUMENTO DE CRISTIANIZACIÓN Y RECRISTIANIZACIÓN.

Son muchos y muy variados los aspectos útiles para la historia religiosa y aun la social que pueden estudiarse y extraerse de una misión, a saber: Su objeto o finalidad, la ayuda, cualificada por cierto, que requiere, su publicidad y difusión –socialización organizada–, los fundamentos probatorios –literatura, teología dogmática, teología moral–, su didacticismo, pedagogía y ejemplaridad –activa y pasiva–, la implicación social –sobre todo en el *climax*–, el beneficio o gratificación resultante, el modo de actuación, muy contrastado y probado también por cierto, su extensión,

su temática y, sobre todo, su mecánica. En concreto, el estudio de la misión de Salazar en la Salamanca de 1682 patentizó en su momento también la peculiaridad del soporte documental elegido para transmitirla –una carta, como ya dije–, el cierto halo de misterio de su autoría y destinatario, ambos anónimos como ya sabemos, o las extraordinarias personalidades de sus dos principales protagonistas, Salazar y Tirso González, así como su cierta coincidencia en planteamientos doctrinales y teológicos, plasmada en la rápida aceptación del primero de la colaboración del segundo y, aun más importante, en el empleo por Salazar como fundamentos de su misión de los autores más críticos con el laxismo dominante, guerra personal de Tirso con su probabiliorismo (san Bernardo, santo Tomás, cardenal Toledo, Martín de Azpilicueta o doctor Navarro, fray Luis de Granada, Nieremberg...), y de que resultó tan excelente y fructífera misión. Igualmente significativos fueron el momento y lugar elegidos –Cuaresma, *tempus* litúrgico fuerte donde los haya en el ritual católico, y Salamanca, una ciudad, destino por supuesto atrayente para las misiones pero quizás no tanto como el medio rural o los pueblos grandes, y una ciudad populosa, universitaria, y, sobre todo, al comienzo de una prelación, con las subsiguientes implicaciones de dicha decisión, como evidente e inicial toma de contacto, mas también tal vez camino más fácil a través del confesonario para conocer de primera mano dónde se ha llegado y su principal problemática–, el origen de la iniciativa de la misión, que parte del obispo como ya sabemos, cuando lo más frecuente es que salga de los mismos misioneros, capuchinos o jesuitas, la presencia en su contenido de la clásica temática de la muerte, el cambio de las costumbres y el aprendizaje del catecismo, y, por supuesto, la consabida y probada gestualización en su desarrollo.

Pero una misión, como ya sabemos una forma peculiar y especial de cristianización, de evangelización y sobremañera de predicación, de pedagogía cristiana en suma, «*ad intra*», básicamente penitencial, y para el arrepentimiento, la conversión y el aprendizaje de la doctrina mas desde la exhibición, la teatralización y el miedo a la condenación, con todo lo que ello implica de control social

<sup>7</sup> Abundante documentación, descriptiva y prescriptiva, sobre las misiones de jesuitas, muchas veces con el texto completo de los sermones, en, por ejemplo, Scipione Paolucci, *Missioni de' padri della Compagnia di Gesù nel Regno di Napoli* (Nápoles, 1651); F. Fontana, *Pratica delle missioni del P. Paolo Segneri* (Venecia, 1714); o P. de Calatayud, *Misiones y Sermones... Arte y método* (Madrid, 1754); *Apud.*: O'NEILL, Ch. E.; DOMÍNGUEZ, J. M., *Diccionario...*, III, p. 2.692.

<sup>8</sup> «El cardenal Salazar y la política proborbónica de su tiempo», en GÓMEZ NAVARRO, S. (coord.), *Estudios de...*, II, 218-230.

<sup>9</sup> PROSPERI, A., «El misionero», p. 230.

<sup>10</sup> SANTOS HERNÁNDEZ, A., *Las misiones...*, 1978. LÓPEZ GAY, J., «Los jesuitas y el...», 1993. GONZÁLEZ, F., *Los movimientos en la...*, 1999. ST. CLAIR SEGURADO, E. M., «Las misiones...», pp. 341 y ss. BROGGIO, P., *Evangelizzare il...*, especialmente.

<sup>11</sup> GONZÁLEZ DE CHÁVEZ MENÉNDEZ, J., «Una misión...», p. 328. COPETE, M.-L.; VINCENT, B., «Missions en Bétique: pour une typologie des missions intérieures», en FABRE, P.-A.; VINCENT, B., *Missions religieuses dans le Monde Ibérique*, Rome, Bibliothèque de l'École Française, 2005 (En prensa).

<sup>12</sup> *CARTA de un...*; por comodidad, para su empleo cuando sea preciso actualizo su grafía. Difusa relación de esta misión en el archivo del Colegio de la Compañía en Salamanca: TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., «El Real...», p. 305. Por lo demás, idéntico camino diplomático al nuestro, esto es, recurso a la carta para informar de una misión, en Xátiva: BURRIEZA SÁNCHEZ, J., «Misiones y...», p. 322.

<sup>13</sup> Obviamente sin ningún afán de exhaustividad, como no podía ser de otra manera por razones obvias, se sumaría así a los trabajos a modo de paralelos o anotaciones al tema de: Álvarez Gila, Ruiz Sánchez, Mateo Aviés, Coronas Tejada, Peñafiel Ramón, Pérez Ortega, González de Chávez Menéndez, o Tellechea Idígoras; por supuesto, a los específicos y muy sólidos de Bernard Vincent, Burrieza Sánchez, Fernández Cortizo y Rico Callado, que se citarán oportunamente, o a los de Paolo Broggio, Federico Palomo y otros más que a lo largo de esta aportación se recogerán. En todo caso, agradezco especialmente a Francisco Luis Rico Callado, todo un especialista en la materia, su amabilidad por suministrarme determinadas referencias.

real, y en donde lo pretendido básicamente es reformar, pacificar e implantar un nuevo modelo de religiosidad, es asimismo, y sobre todo, un fenomenal, espléndido y magnífico acto de comunicación<sup>14</sup>: En efecto, tenemos **emisor, receptor, mensaje, y canal, código y contexto.**

Examinando, pues, el desarrollo lineal de una misión desde esta perspectiva y prisma de espectacular acto de comunicación, son muchas las lecturas y conclusiones que se obtienen, ya que, cual increíble calidoscopio, son muchos los aspectos, elementos y matices que encierra y entrega la literal, puntual y secuenciada escritura de una misión.

Así, y comenzando naturalmente por el orden indicado, como no puede ser por lo demás de otra manera, el **emisor**, el misionero, agente de evangelización y propaganda, debe ser cualificado, esforzado y experimentado, cualidades que con creces superaron los dos emisores de la misión salmantina, porque ya sabemos que fueron dos, Salazar y Tirso González.

Salazar, obispo, predicador real, del Consejo de Su Majestad, primer y original motor de la misión, de voz abultada y flexible, palabras vivas y elocuentes con claridad, garbosa con gravedad y expresiva de los afectos, es tierno, erudito, elocuente, discreto orador, ejemplo de y para todos, de ardiente celo, espíritu, predicación y fortaleza, celoso de su oficio y ejercicio, apóstol, obispo santo, padre del pueblo, pastor celosísimo, predicador fervorosísimo y doctísimo a decir de sus feligreses, adaptado a todo y todos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, para hacerse comprender, mirado siempre en el sacrificio de Jesucristo, cumplidor también siempre pese al cansancio, oidor y partícipe asimismo de todos los ejercicios de los demás intervinientes en la misión, premonitorio, infatigable en su tarea y celo pastoral, y confesor igualmente incansable, magistral, y caritativo<sup>15</sup>.

Por su parte, Tirso González de Santalla, doctor teólogo de la Compañía de Jesús, catedrático de Prima en su Universidad de Salamanca, y experto misionero en España y África, donde con sabiduría, eficacia y destreza «se ha

ocupado por muchos años en este gloriosísimo ministerio de las misiones», consiguiendo, en el primer territorio, que «innumerables cristianos salieran del pecado», y, en el segundo, que «muchísimos moros que con la luz de la verdad de nuestra Religión Católica recibieran el Bautismo»<sup>16</sup>, es de alto espíritu, celo y doctrina, ardiente, formado y magnífico orador y predicador, pues siempre prueba «con sólida y erudita novedad y ponderación de sagrados textos»<sup>17</sup>. Colaborador solícito y esforzado, vigoroso, eficaz y persuasivo, riguroso en sus planteamientos y actitudes, moralmente intachable, condescendiente, conector y comprensivo con las debilidades humanas; y también en todo momento consciente del diverso auditorio que lo oye, versado e iletrado, pudiente y no pudiente, elocuente y gráfico, y que platicando con su acostumbrada energía, siempre mueve al auditorio a, sobre todo, sensibles demostraciones de lágrimas y dolor en los golpes con que hieren pechos y rostros, con el indudable ardor de su no menos indudable y depurada técnica oratoria, movida de su innegable atracción también por Cristo, a quien siempre tiene y hace presente<sup>18</sup>.

En suma, los dos, Salazar y Tirso, fueron indudablemente un buen tándem, y de los frutos de la misión, a los dos conjuntamente, con la materia prima y estrategia indicadas, «(...) toca su parte (...), los cuales con su autoridad y doctrina, sabiduría y eficacia, cooperaron a esta grandiosa obra de convertir y santificar las almas por medio de esta general y fervorosa misión»<sup>19</sup>. Ahora bien, con ser ambos extraordinarios, ni siquiera fueron los únicos emisores, sino que contaron con el generoso concurso de otros predicadores de la ciudad, lo que era por otro lado habitual, y lo que también contribuye a extender la misión.

El **receptor** obviamente es el pueblo, mas un pueblo adjetivado, personalizado. Así, numeroso, y en tal grado, que a veces se dificultó extraordinariamente el acceso a los distintos templos de la misión, desarrollando distintas estrategias para asistir, o se puso en serio peligro la integridad física de aquél o de los oficianes, como avalan generosamente los textos<sup>20</sup>. Un receptor-pueblo universal, integral o total, pues ya desde su edicto de misión Salazar

<sup>14</sup> RICO CALLADO, F. L., *Las misiones...*, p. 551, donde aunque referido a la predicación, un elemento más de la misión, lo presenta también como acto comunicativo. Por lo demás, son muchas las referencias que agradeceremos a este autor, todo un experto en el tema como sabemos y en algún lugar también he indicado, pero agradezco especialmente la consulta de la aquí indicada por ser su tesis doctoral.

<sup>15</sup> *CARTA de un...*, ff. 14, 19, 20, 26-27.

<sup>16</sup> *Ibid.*, f.º 2. Nótese los fines distintos según el tipo de misión, «ad intra» o «ad extra», respectivamente.

<sup>17</sup> *Ibid.*, f.º 15.

<sup>18</sup> *Ibid.*, f.º 17.

<sup>19</sup> *Ibid.*, ff. 26-27.

<sup>20</sup> Fueron «tantas personas» testigos de esta misión. «Innumerables almas» las que escucharon a Salazar en la predicación del miércoles de ceniza. De las procesiones iniciales, prólogo de la misión, trajeron los padres a la iglesia de la Compañía «mucha más gente». «Fue numerosísimo el concurso de gente que acudió a los sermones de misión a la iglesia Catedral desde el primer día en que predicó su ilustrísima, y los tres días siguientes en que predicó el maestro Tirso», de manera que «a las doce del día estaba casi llena la iglesia Catedral, y los que venían a la una pensando que venían con sobrado tiempo, por venir tres horas antes del sermón, no hallaban lugar en qué acomodarse, y se quedaban tan distantes que bien era menester la voz clara y abultada del predicador para que los alcanzase. No bastaban los capellanes y ministros a impedir la entrada de la gente al coro ni estaban seguras sus dos puertas de los costados que tenían cerradas. Y cuando las abrían, tal vez cargaban tanto tropel de gente, que no le podían rebatir. Y aun cuando por una de ellas entraba al coro su ilustrísima, casi le apretaban, sin lesión, la muchedumbre, valiéndose la industria de la piedad de meterse a su sombra. La capilla mayor estaba confusamente llena hasta el altar, ni holgaba el espacio que está a espaldas del púlpito, en que había muchos que no podrían ver del todo al predicador» [...]. O, era tal la afluencia de gente que «madrugaban por eso tanto que a las doce estaba ocupada la mayor parte del templo, y venían tarde los que llegaban a la una, pensando que madrugaban demasiado para el sermón, que había de comenzar después de las cuatro.

encarga a los padres de familias «que enviasen a ella sus criados y gente de sus casas; y últimamente mandaba a todos los párrocos que encarguen a sus feligreses esta asistencia, leyendo el dicho edicto desde el púlpito o altar al tiempo de la misa mayor, como se leyó en todas las parroquias de esta ciudad»; también el edicto se colocó en partes públicas para que todos lo pudiesen leer «y aprovecharse de la sólida doctrina que contiene», de manera que «todos los Estados y Órdenes de la República, los mayores como los menores», ya se conmovieron con sólo la divulgación del edicto de la misión<sup>21</sup>.

Un receptor-pueblo atento, receptivo, activo y participativo, en suma también protagonista de alguna forma desde el principio de la misión<sup>22</sup>, en todos los sermones, y, por supuesto, en todas sus bastantes confesiones y comuniones. Y, sobre todo, un receptor-pueblo diverso en cuanto a que están ricos y pobres, pero, reflejo del orden socialmente esperado y establecido, siempre de arriba a abajo, de la cúspide a la base, y también siempre todo él, por la antedicha globalidad o universalidad social de la misión, afectado e implicado en ésta misma, que, cual lazo envolvente, a todos rodea y ata, socializando las respuestas ante las que todos se igualan, aunque, naturalmente, y según lo indicado, cada uno según su puesto, estado y condición; escala en la que, a su vez, se reproducen los modelos: De la misión y del celo de su prelado «hablaban los doctores y estudiantes en los patios de la Universidad; las becas, en sus Colegios; los caballeros, en sus conversaciones; los religiosos, en sus monasterios; los ciudadanos, en las plazas; las mujeres, en sus casas; y el pueblo, en sus corrillos; sin acabar de celebrar del todo la suerte de haberles cabido tan gran prelado y pastor».

Del aparato desplegado por el predicador nace la moción del auditorio, los suspiros, golpes de pechos y bofetadas, clamando en alta voz y pidiendo misericordia y perdón de sus pecados, que los lloraban con lágrimas, rematando con fervoroso acto de contrición, «y estas sensibles demostraciones no sólo se veían en la gente del pueblo, sino también en los hombres literatos, doctos, nobles, caballeros, catedráticos y religiosos, que forzados

de la moción interior, ni sabían, ni podían guardar las leyes de la mesura, que en estos casos no obligaran sin nota», mérito sobre todo de Tirso González. Y de la calidad de los predicadores, la misma extensión de la misión entre el pueblo-receptor: Si en toda la misión hubo gran multitud de gente, el último día en que predicó Salazar «parece se conjuró la ciudad toda, porque acudió la gente con tal prevención y priesa, que a las doce estaba llena la iglesia; y la que después venía era fuerza volverse desconsolada por no poder entrar. Entre una y dos entró gran tropel de gente honrada por la portería con mucho pueblo, y no hallando en dónde acomodarse, andaban desconsolados. Subieron al claustro, o vivienda de arriba, para abrir paso hacia las tribunas, y hallando cerrada la puerta primera que defiende las puertas de las tribunas, todo era confusión de estruendo y clamores. Desesperados muchos, subieron a la galería, y violando una puerta que estaba cerrada, subieron más arriba hasta el cimborrio o media naranja por la parte de afuera. Y de allí con más osadía algunos, se arrojaron a los corredores que rodean el cimborrio, por la parte interior de la iglesia, contentos (acaso) con sólo ver, pues de tan alta distancia no podían oír más que un delicado sonido de voces». «Todos los Estados de la República» asistieron a la misión movidos por el ejemplo de Salazar<sup>23</sup>.

En tercer lugar, las misiones tienen un qué y un para qué, un contenido y una finalidad, esto es, un **mensaje**.

En efecto, las misiones populares «ad intra», como fue la de Salazar, básicamente por tanto penitenciales, y «siempre pasto saludable a las ovejas, en que se ilustra y convence el entendimiento con las verdades eternas y necesarias para la salvación y perfección cristiana; y juntamente se mueve la voluntad al aborrecimiento de los pecados, enmienda de la vida, y amor a la virtud, al aborrecimiento del vicio, y a llorar los pecados de la vida pasada, porque como dice el venerable fray Luis de Granada, una de las cosas más para sentir de cuantas hay en la iglesia cristiana es la ignorancia que los cristianos el día de hoy tienen de las leyes y fundamentos de su misma religión»<sup>24</sup>, en que, por ende, se explica la doctrina, se confiesa y comulga para ganar los jubileos<sup>25</sup>, cubren

Con ser muchos los bancos que había en la iglesia, enviaban otras personas sus criados con otros bancos de sus casas al mediodía, y que los ocupasen hasta que llegasen los amos, los cuales tal vez se quedaban sin asiento por haberle ocupado otros. Los criados del señor obispo apenas bastaban a meter el sitial al presbiterio por la puerta cercana que de la sacristía sale; y después estrujados salían diciendo: Creímos que había de aflojar con el tiempo, pero vemos que carga cada día mucha más gente». Y cuando para algunos personajes se reservaban algunas tribunas, «no bastaban a su defensa las guardas de las cerraduras, ni las de los religiosos domésticos. La inmensidad del pueblo no tiene medida, llenando todo el cuerpo de la iglesia hasta el cancel y puerta, capillas, gradas, y llano del presbiterio, hasta el mismo altar mayor, en donde por estar arrimados de espaldas, ser rasparon el oro de aquel hermoso retablo. Después de esto no es mucho que no perdonasen a los confesionarios, pues trepaban algunos mozos al cielo de ocho confesionarios grandes y fuertes que hay en la iglesia de la Compañía, y se hallaban en cada uno cuatro o cinco personas. Otros trepaban más, pues se ponían (no sé si con riesgo) en las cornisas que vuelan sobradamente en la iglesia». Se vio también que «el concurso de la gente en comulgar fue grandísimo, en que tuvieron bien que hacer dos y aun tres sacerdotes que a un tiempo se ocupaban en dar comuniones con expedición y concierto»: CARTA de un..., ff. 1, 7, 9, 11-12, 13, 18-19, 20, 21, 23-24. Señalamos así, y ordenadamente, porque lo importante son las referencias ya relativas a esta cualidad del receptor, o a lo que compete.

<sup>21</sup> *Ibid.*, ff. 3, 6, 7.

<sup>22</sup> Así, en el consabido acto de contrición o la procesión que sirvió de prólogo a la misión, previa al primer domingo de aquélla, y en la que, en forma de dos tropas, intervinieron el padre rector de la Compañía de Jesús encabezando y asistido de todos los caballeros de la ciudad, muchos ciudadanos y numerosísimo pueblo, en una tropa, y, en la otra, encabezando don Lucas de Benavides y Aragón, acompañado de sus pajes, la Escuela, los caballeros estudiantes de la Universidad, y «muchos ciudadanos y numeroso pueblo»: *Ibid.*, f.º 8.

<sup>23</sup> CARTA de un..., ff. 7, 9, 12, 14, 17, 20, 21-22, 26.

<sup>24</sup> *Ibid.*, ff. 2, 3-4.

<sup>25</sup> *Ibid.*, f.º 14.

principalmente tres objetivos, a saber: Impartición y explicación de la doctrina cristiana y erradicación de su desconocimiento, arrepentimiento y conversión, y cristianización de la vida. O, lo que es igual, y secuencial y consecuentemente: Conocer, creer, y obrar como es debido.

En cuanto al primer fin, la necesidad de conocer adecuadamente los principios de la doctrina cristiana y de suprimir su ignorancia, es cierta e indudablemente el punto axial del mensaje misional, y así se emite y repite una y otra vez: «El Príncipe de las tinieblas, sin duda, derrama estas ignorancias en los entendimientos de los cristianos. Porque como sea la Fe el principio de la vida cristiana, ha procurado el enemigo común poner vicio en el fundamento para que el edificio no se logre, introduciendo tan grande ignorancia de los misterios de la Fe».

Lo que se debe saber y creer y en lo que se debe tener «Fe explícita» son los misterios de Cristo, «especialmente de aquellos que comúnmente se solemnizan y celebran públicamente», y «todas las verdades contenidas en los catorce Artículos de la Fe, las cuales también se comprenden en el Credo»; y «los diez Mandamientos de la Ley de Dios, y los de la Santa Madre Iglesia, y todo lo que toca al estado y oficio de cada uno, y lo que es necesario para confesarse y comulgar dignamente, y para recibir otros sacramentos, cuando los hubiere de recibir». Por tanto, «este negocio de la Doctrina Cristiana, que es la facultad propia de nuestra profesión», enseña lo que hemos de creer, y lo que hemos de obrar, y los medios por donde alcanzaremos la gracia para lo uno y lo otro, que es la virtud de la Oración, y de los Sacramentos»; además de que acudir a las misiones en que la doctrina se explica garantiza la obtención de «un gran tesoro de indulgencias» concedidas por los Sumos Pontífices.

La idea principal, pues, es exhortar y solicitar a todos su asistencia a las predicaciones «para conocer los misterios divinos, y verdades eternas, y aficionarse a la virtud», para oír las explicaciones de la doctrina cristiana y también para ganar las antedichas indulgencias, aumentadas con la concesión de cuarenta días más por Salazar «a todas las personas que asistieren a las doctrinas, pláticas o sermones de la misión, por cada que asistieren», y «el jubileo grande de las doctrinas y del artículo de la muerte»<sup>26</sup>.

El segundo objetivo es transmitir y conseguir arrepentimiento y conversión, siempre meta de cualquier misión pero más aún de una en tiempo de Cuaresma. Es, por tanto, indispensable confesar todos los pecados conscientes, e incluso «la ignorancia culpable» del desconocimiento de la doctrina, pues «no se puede absolver sin propósito firme de la enmienda, y sin buscar medios para conseguirla, cuales son el preguntur a quien les puede

enseñar, y el acudir a la explicación de la Doctrina (...), como disposición previa para ganar el jubileo grande de la vida y de la muerte». Se predica sobre el mismo sacramento de la penitencia, sobre la necesidad de no pecar, y la llamada «a no dilatar la conversión y penitencia con las memorias de la muerte», para no caer en el infierno, en la eterna condenación. Sincero arrepentimiento y de todo corazón y dolor de los pecados, perdón de éstos, y conversión –atrición y contrición por tanto– son, pues, alusiones constantes<sup>27</sup>.

Y, por último, la cristianización de la vida cotidiana, consecuencia, en lógica derivación, de los otros dos fines. Porque, sabemos lo que debemos creer, ha habido arrepentimiento y conversión, y, por ende, se impone la comunicación de un determinado, y en parte nuevo, modelo de vida; de una determinada, y en parte nueva, escala de valores; en suma, de una determinada, y en parte nueva, actuación según las claves de la cosmovisión católica de la vida y de la muerte, a cuya extensión dedica también muy amplia atención la misión de Salazar. Trufada por el barroquismo imperante, y en gran medida y especialmente por la exigencia doctrinal y el rigorismo moral de Tirso, autor de la mayoría de los sermones, aunque también por la peculiar personalidad de Salazar, en dicha cosmovisión de la vida y de la muerte está toda su clásica temática: El rechazo de la vanidad de las cosas y del mundo terrenal, «que paran en polvo y humo»; el aviso sobre el desengaño de esta vida, ya presente en las coplillas iniciales insertas en la procesión prólogo de la misión; la necesidad de aprovechamiento, prestancia, diligencia y trabajo en y a su tiempo; la aceptación de esta vida, y, por extensión de la misma misión, como ocasión propicia de salvación, esto es, de arrepentimiento, disposición interior y exterior y empleo adecuado de vida; la exhortación a que se siga con ahínco el ejemplo de Cristo y sobre todo su defensa, a que se correspondan fe y obras, creencia y existencia, por ser la muerte eco de la misma y propia vida; el juicio particular y final o universal y su especial severidad; el mandato de evitar el escándalo, de hacer del amor, del desprendimiento y del perdón centro de la existencia, grabando en el corazón y realizando en la vida el primer y principal mandamiento de amar a Dios y al prójimo; el ejercicio y valor de la oración, «que riega y fecunda las plantas de las virtudes», sobre todo la personal y mental, enseñada por Tirso «con gran magisterio de espíritu para conservar y aumentar la perfección cristiana»; o la exhortación nuevamente «a la perseverancia, que es la corona de la vida, pues ya todos habían logrado el perdón general con una buena confesión y comunión, y los jubileos plenísimos»<sup>28</sup>.

Obviamente, conocer y creer bien para arrepentirse, obrar y vivir adecuada y cristianamente, en esta precisa secuencia el lema central y la cuestión cardinal del mensaje, como decía, tuvo sus consecuencias, «el fruto deseado y

<sup>26</sup> CARTA de un..., ff. 4-5, 6, 7-8, 13.

<sup>27</sup> *Ibid.*, ff. 6, 9, 10, 15-16.

<sup>28</sup> *Ibid.*, ff. 7, 8, 9, 11, 13, 16, 18.

cogido», en forma de muchos servicios litúrgicos y eucaristías, perdones, reconciliaciones y reconducciones de vida, y también masivas y quizás algo precipitadas recepciones sacramentales, máxime en actividad religiosa como la que nos ocupa donde el número marca su éxito. Y confesiones, en su mayor parte, generales, esto es, nítida tabla rasa y propósito expreso de enmienda clara de vida, «porque aunque se avisaba del púlpito que se confesasen entre semana los que se habían de confesar generalmente, y que el último día podían reconciliarse brevemente, porque de otra suerte era imposible dar despacho a todos juntos; pero muchísimos o porque no pudieron, o por lo que ellos se saben, reservaron la Confesión general para el último día de la misión, en que por esa causa no se pudo despachar a todos. Y así mostró la experiencia que de las reliquias de la misión quedaron otras confesiones generales que hacer por toda la Cuaresma». Por lo que «después acá he oído quejarse con gusto algunos confesores graves: Parece eterna esta misión, pues aún hoy dura en tantas confesiones generales, con que nos hallamos molidos: Cierzo que ha revuelto hondamente la balsa de las conciencias». Tanto, que el propio narrador expresa «decir sin escrúpulo» que al final de esta «gran misión muchos llegaron a confesarse llorando, y echando bendiciones, bien haya el señor Obispo y el Padre Tirso, que tanto bien nos hacen con su Doctrina, Sermones y Exemplos. Y otras personas, después del sermón de enemigos, depusieron sus envejecidos odios, perdonaron las injurias, y se reconciliaron; y decían, el Padre Tirso aprieta tanto, que si no hacemos esto, no parece que nos salvamos». Innumerables casos de éstos y raras conversiones se pudieron contar como fruto de esta «fervorosísima misión, cuya gloria se debe a Dios, que es el que dispensa la gracia para todo, y también toca su parte a estos dos Nobilísimos Instrumentos suyos, al Señor Obispo y al Padre Maestro Tirso, los cuales con su autoridad, doctrina, sabiduría y eficacia, cooperaron a esta grandiosa obra de convertir y santificar las almas por medio de esta general y fervorosa misión», que, por su consabida posterior extensión a cinco comunidades religiosas femeninas de jurisdicción episcopal, también a éstas alcanzó al oír sus pláticas y confesarse «para florecer con mayor aumento de santidad y gracia en la perfección de vida que profesan»<sup>29</sup>.

Finalmente, una misión popular también contiene **canal, código y contexto**. Como es natural a una herramienta tan poderosa de evangelización como aquélla, donde la predicación, la confesión y la eucaristía son piezas fundamentales, dominan el canal oral y el código lingüístico. Pero una misión es mucho más, es, en realidad, todo un espectáculo audiovisual, sobre todo por el elemento del contexto, rico, creciente y complejo.

Precedida de la parafernalia previa del edicto, del prólogo del miércoles de ceniza, y de su consiguiente desarrollo en quince días de misión en tiempo de Cuaresma, en una misión, además de la palabra, en voz alta o baja, platicada o silente y secreta, hay velas, hachas, hachones y

faroles; sombras y tinieblas; procesiones —hasta tres, la primera o de contrición, la del traslado de la catedral a la iglesia de la Compañía de Jesús, y la general de la doctrina—; actos de atrición y contrición, altares y confesonarios, arrepentimientos y gran cantidad de confesiones —generales y particulares—, penitencias y perdón general; comuniones; presencia del Príncipe de la Paz—Cristo, en el santo Cristo del crucifijo— y del príncipe de las tinieblas; traslados a distintas iglesias de la ciudad, siempre templos, nunca espacios abiertos o campos; silencio, rosarios, devotas copillitas de indudable reclamo; exhortaciones, pláticas, sermones; devotos coloquios con el santo Cristo y el alma condenada, devotos razonamientos al santo Cristo, discretos diálogos con la calavera, y coloquio del Rosario; lágrimas, dolor, heridas, suspiros, golpes de pechos y bofetadas; terror, amenazas, miedos, vacuidad, desengaños y muerte, exclamaciones y humillaciones; ejemplos y comparaciones siempre con otros sucesos, y éstos también casi siempre terroríficos; música, cantos de rezos y oraciones; recepción de lecturas de libros espirituales y piadosos; explicaciones de la doctrina; movimiento y reposo. En suma, y cual cóctel en precisa y cuidada mezcla, todo un mundo preciosista y maravilloso, y muy bien articulado y compendiado.

Por supuesto, el buen predicador apela a todos sus recursos, y mejor si los utiliza conjunta y combinadamente.

Así, el padre Tirso también solía confirmar sus sermones «con singulares casos recientes, que en varias partes de España pasaron, de no pocos que acabaron miserablemente; y de muchos más que, movidos de la Misión, se arrepintieron y, corrigiendo lo pasado, se confesaron enteramente». O la circunstancia de predicar un día en sábado la aprovechó para platicar sobre la devoción a la Virgen «con el coloquio del Rosario, con que dio mucho aliento a todos los fieles que tienen tan entrañada en sus corazones la devoción de la siempre Virgen María y su santo Rosario». Y, en todo caso, anonadando y sorprendiendo al auditorio-espectador, siempre desplegaba vigor, eficacia, persuasión, talento, energía, espíritu y maestría en la prédica de todos sus sermones. Proponía primeramente el asunto, lo declaraba y distinguía bien, lo probaba después con razones y textos de la Sagrada Escritura, Patristica y los mejores fundamentos teológicos y doctrinales, «que citaba con erudición singular»; lo confirmaba «con breves ejemplos de las Historias Eclesiástica y tal vez de las profanas», así como «con varios casos de que había sido testigo en varias partes de España, de muchos que desdichadamente perecieron, y de otros que, por misericordiosísima providencia de Dios, se libraron de igual peligro de condenación eterna». Pero lo mejor de todo era cómo preparaba y llegaba a su particular y personal clímax: «Ponderado todo esto, recogiendo velas para rematar el Sermón y mover a los oyentes, hacía unas extraordinarias acciones, gobernadas de la interna moción, o del arte, para suspender el Auditorio, que ya temía o esperaba alguna novedad. Engrosaba más la voz, y escurecida, a las sombras

<sup>29</sup> CARTA de un..., ff. 22, 23, 24, 24-25, 25, 25-26, 26.

de más cuerpo, la arrojaba como un trueno que atemorizaba a los oyentes, moviendo los brazos, y echando las mangas de la sobrepelliz a una y otra parte con un concertado desorden, y repitiendo luego con la voz parda estas palabras: *Pulpito, Pulpito*, y otras temerosas, hería con las palmas de las manos todo el borde del Pulpito, dando muchos golpes; y volviendo la cara y cuerpo, y golpeando el pilar del Pulpito, daba una vuelta entera, y con ella, daba un vuelco al corazón de muchos pecadores. Serénabase luego este sagrado nublado con el Sol de Justicia, que se descubría en el madero de la Cruz, que tomándole en la mano, hacía un devotísimo Coloquio, acomodado al asunto predicado. De todo este aparato (mejor para visto que escrito) nacía la moción del Auditorio, los suspiros, los golpes de pechos y las bofetadas con que herían sus rostros, clamando en alta voz, y pidiendo misericordia y perdón de sus pecados, que los lloraban con lágrimas, rematando con fervoroso Acto de Contrición. Y estas sensibles demostraciones no sólo se veían en la gente del Pueblo, sino también en los Hombres Literatos, Doctos, Nobles, Caballeros, Catedráticos y Religiosos, que forzados de la moción interior ni sabían ni podían guardar las leyes de la mesura, que en estos casos no obligaran sin nota».

Y, obviamente, siempre está el confesonario, al que acudían los confesores para instruir «las almas más de cerca con el consejo, y también santificándolas con la absolución Sacramental», en todo tiempo presente pero especialmente el último día de la misión, «trabajosísimo para los confesores, no sólo de la Compañía sino de la Catedral, Parroquias y Comunidades Religiosas. Porque los confesores de la Compañía, habiendo abierto las puertas a las cuatro y media de la mañana, estuvieron desde las cinco, hasta pasada la una de la tarde, confesando a innumerables almas, que desde el amanecer, acudieron y se fueron continuando sin interrupción hasta aquella hora tardía»; y en donde, según el narrador, «los casos raros que pasaron en este secreto tribunal, ni a mí me toca saber, ni a nadie es lícito decir. Los confesores de la Compañía, como veteranos, no se extrañaban de lo que habían oído, antes bien decían: *Gran Misión*, pero nada extrañamos, ni nos causa admiración o novedad lo que oímos». Llegando muchos «a confesarse llorando», y echando bendiciones a Salazar y a Tirso «que tanto bien nos hacen con su Doctrina, Sermones y Exemplos», después del sermón de enemigos también

muchos «depusieron sus envejecidos odios, perdonaron las injurias y se reconciliaron», reconociendo que «el Padre Tirso aprieta tanto, que si no nos hacemos esto, no parece que nos salvemos»<sup>30</sup>.

En el lenguaje simbólico contenido en todos esos elementos y descripciones, pues indudablemente existe todo un metalenguaje en el contexto analizado, y máxime en el marco paradójico del barroco<sup>31</sup>, puede decirse que aquí tenemos varios elementos interesantes.

Así, condenación y salvación, luces y sombras, día y noche, bien y mal, en la presencia de Cristo y el diablo, y, de alguna manera, quizás Cristocentrismo en el uso, abuso y gran valor conferido a la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo<sup>32</sup>.

Asimismo, pedagogía itinerante en las procesiones en la calle, en el paso de la misión por distintos templos de la ciudad, la geografía de la misión, que, de esta forma, se extiende. Poder de la palabra, predicada y confesada<sup>33</sup>. La muerte como centro arquimédico de la religión y, sobremanera, del control de las conciencias, lo que hace arrojar masivos y repentinos arrepentimientos y propósitos explícitos de enmienda absoluta de vida<sup>34</sup>. Y, sobre todo, aparatosidad, afectividad, musicalidad, efectismo, espectralidad, hiperrealismo, escenificación, representación, teatralidad y teatralización en suma, en la útil, práctica, efectiva y experimentada pastoral y pedagogía de la misión y la predicación por la emoción y el terror de Salazar y especialmente de Tirso, en su «cultura misionera» o *episteme* misional<sup>35</sup>, en sus estudiadas artes predicatorias, que, junto a las procesiones, estampas, lecturas de libros espirituales, ejemplos, y, por supuesto, la hipotiposis en la descarnada y espantosa descripción de la condenación y el fuego eterno, y la prosopopeya en los discretos y devotos coloquios y razonamientos con el santo Cristo, la calavera o el alma condenada, provocan en los fieles persuasión, convencimientos, movimientos de copia o mimesis—repetición de las oraciones cantadas que efectuaba Salazar, por ejemplo, y, sobre todo, respuestas y reacciones espontáneas, emotivas, sensibles y sensitivas, estirando los sentidos, a flor de piel, hasta casi el extremo, y enorme y altamente rápidas, y, por lo mismo, quizás también furtivas y singularmente muy efímeras<sup>36</sup>.

<sup>30</sup> CARTA de un..., ff. 8-9, 9-10, 10, 11, 13, 14, 15-16, 16, 16-17, 18, 19, 23, 25. Subrayado del original.

<sup>31</sup> FERNÁNDEZ DE ROTA, J. A., «Tradición y...», pp. 121-2.

<sup>32</sup> RICO CALLADO, F. L., «Las misiones interiores en la España...», p. 121.

<sup>33</sup> VENARD, M., «Du carême à la...», pp. 10-2. MORÁN, M.; ANDRÉS-GALLEGO, J. A., «El predicador», pp. 173-184, 189-193. PROSPERI, A., «El misionero», pp. 205-6. ARANDA DONCEL, J., «Los predicadores...», pp. 67-81. NEGREDO DEL CERRO, F., «Levantar la...», pp. 55 y ss. LEÓN NAVARRO, V., «La predicación como...», pp. 239-254. RICO CALLADO, F. L., «La reforma de la...», 311 y ss.

<sup>34</sup> GAN JIMÉNEZ, P., «El sermón y el...», p. 119. RICO CALLADO, F. L., «La reforma de la...», pp. 337-9.

<sup>35</sup> RICO CALLADO, «Las misiones interiores en la España...», p. 110.

<sup>36</sup> DOMPNIER, B., «La Compagnie de...», pp. 171-9. JAVEL, D., «La pédagogie de la...», pp. 341 y ss. LOZANO NAVARRO, J. J., *La Compañía de...*, pp. 143-9. CHATELLIER, L., *La religión de los...*, pp. 73-9, 134-7. TELLECHEA IDIGORAS, J. I., «El Real Colegio de la...», pp. 322-3. VINCENT, B., «Les missions du...», p. 157. BURRIEZA SÁNCHEZ, J., «Misiones y...», pp. 334-5. Especialmente FERNÁNDEZ CORTIZO, C., «Por una gota de...», pp. 281-293; y RICO CALLADO, F. L., «Conversión y...», pp. 363 y ss.; «Las misiones interiores en España (1650-1730): Una...», pp. 189 y ss., sobre todo p. 195—definición de hipotiposis y prosopopeya; «Las misiones interiores en la España...», pp. 109 y ss.; «Las misiones populares y la...», pp. 101 y ss.; *Las misiones interiores en la...*, pp. 85-394, es decir, los dos grandes capítulos y centros de su tesis doctoral, dedicados a la «teatralidad» misional, y la persuasión misional. Desde aquí, nuevamente, mi agradecimiento al autor por su consulta.

### 3.- LO QUE BUSCA UNA MISIÓN COMO INSTRUMENTO DE CRISTIANIZACIÓN Y RECRISTIANIZACIÓN.

La de Salazar y Tirso no fue si no una más de las muchas misiones predicadas por el solar hispánico a lo largo de los siglos modernos, e incluso después, medio extraordinario de cristianización y recristianización, de evangelización en definitiva, cuando, por distintas razones, el mensaje cristiano no se había difundido o resultaban insuficientes los medios habituales, e instrumento eficaz sin duda para la práctica sacramental, principalmente confesión y comunión. Medio básicamente barroco, aunque se extiende bien por el Setecientos, hasta que la irrupción de las nuevas ideas individualistas de esta centuria quebraron la autoridad eclesial en Occidente de una manera irreversible con la consiguiente secularización progresiva de la sociedad que, como poco, pretendía reducir el ámbito de lo religioso a lo estricta y puramente personal. A cuya tarea se habían consagrado distintas comunidades religiosas, aunque especialmente capuchinos y jesuitas. Cuyo teatro de actividades y operaciones fue toda la Península, si bien tal vez con más intensidad Andalucía y ambas Castillas. Más bien de pueblos grandes y pequeñas ciudades que solían vibrar al unísono con las palabras del misionero. De un escenario, instrumental y técnica muy efectiva, efectista y contrastada de predicación, adoctrinamiento, concienciación y transmisión del mensaje cristiano, mejor dicho, de una parte muy concreta de éste, el más cercano al sacrificio, el perdón y la redención, y desde luego basado en el temor y el terror a la muerte. Y de consecuencias y resultados mágicos por los muchos perdones y cambios de vida y moral, pero quizás poco sólidos y, por ende, pasajeros. Dedicadas primordialmente a conmover la sensibilidad religiosa de los oyentes y provocar en éstos un sentimiento de culpabilidad que les llevara a la recepción de los sacramentos, en las misiones populares sin duda hubo también algo de cuantitativo en su eficacia pretendida y, asimismo, mucho de búsqueda de efecto psicológico en la forma de orientar la predicación. Sermones interminables, largas procesiones, vía crucis, predicaciones en los cementerios, y confesiones y comuniones multitudinarias, componen los ingredientes principales de la misión popular. Basadas en una concepción individualista de la salvación como hemos dicho, las misiones populares desarrollaron una doctrina muy simple contenida en la inscripción que las recordaba en las cruces de las iglesias, a saber: «Ten, cristiano, en la memoria muerte, juicio, infierno y gloria». Los gritos de «¡salva tu alma!» proferidos por los misioneros eran como una llamada a una conversión individual, fundamento y objetivo último de las misiones populares, tan exitosas en prolongados periodos de la historia de la Iglesia<sup>37</sup>.

Mas fenómeno complejo y multiforme donde los haya, y no sólo precisamente por lo estrictamente espiritual, las misiones populares tienen también otras facetas, derivaciones o implicaciones en y con distintos ámbitos, por lo que han sido vistas asimismo como indicativos de lo social, lo propiamente dicho religioso, y lo cultural.

En el primer sentido, se ha señalado, en efecto, la misión como revulsivo social, cuya repetición sistemática proporcionaba a pueblos y ciudades una serie de beneficios tales como alejar los escándalos, restituir la fama y hacienda robadas, extinguir las enemistades, restablecer la piedad y la paz doméstica, suprimiendo, por ejemplo, amancebamientos o blasfemias, algunas de las desviaciones más importantes, excitar los remordimientos de la conciencia, y, por supuesto, afirmar las convicciones religiosas y despertar a los pecadores inveterados y empedernidos de su sueño de muerte<sup>38</sup>; en suma, como instrumento de «pacificación social», pues, al eliminar las rencillas existentes en las comunidades misionadas, uno de sus primordiales objetivos como ya sabemos, creaba o imponía «una convivencia asentada en unos presupuestos ideológicos que abundaban en el conformismo y el sometimiento a las autoridades tanto civiles como religiosas que, de acuerdo con los principios defendidos por los misioneros, debían actuar de un modo paternalista no sólo en el terreno de la moral sexual, sino también en el económico-administrativo»<sup>39</sup>.

En el plano de la misión como herramienta estrictamente religiosa, de cristianización, evangelización o forma especialísima de predicación, dos han sido los aspectos que más se han resaltado: La durabilidad de los frutos y resultados conseguidos por los misioneros, y ser inicio de otras conquistas y experiencias religiosas.

En cuanto a lo primero, la huella de la misión es, por lo general, escasa, por lo que, desconfiando sus artífices de dicha continuidad y permanencia, se precavían clausurando las misiones con el sermón de la perseverancia, en el que se exponían distintos remedios para «perseverar en la gracia», como la misa diaria, el rezo frecuente del rosario en familia, la confesión y comunión frecuentes, o la fundación de congregaciones para garantizar cierta frecuencia en dicha práctica sacramental, difundiendo la obtención de indulgencias como las de los «siete años y siete cuarentenas de perdón», que ganaban los que se confesaban y comulgaban mensualmente, y finalmente implantaban el «Jubileo del mes» en una o dos iglesias parroquiales en las comarcas visitadas por los misioneros, con la consiguiente obtención de indulgencias previa comunión en un domingo preestablecido del mes<sup>40</sup>.

<sup>37</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *La sociedad...*, II, pp. 176-9. GARCÍA DE CORTÁZAR, F., «La Iglesia en...», pp. 49-50. RUIZ SÁNCHEZ, J. L., «Cien años de...», p. 324. FERNÁNDEZ DE ROTA, J. A., «Tradición y...», pp. 117-8.

<sup>38</sup> MATEO AVILES, E. de, «Las santas...», p. 181.

<sup>39</sup> RICO CALLADO, F. L., «Las misiones interiores en la España...», p. 111.

<sup>40</sup> FERNÁNDEZ DE ROTA, J. A., «Tradición y...», pp. 119-120. FERNÁNDEZ CORTIZO, C., «Por una gota de...», pp. 293-4, subrayado del autor.

Por lo que respecta al segundo rasgo subrayado, es el constituirse la misión en primera piedra, origen y desencadenante, en realidad, de nuevas formas de piedad, difíciles para los fieles, algo atípicas en el contexto de la religiosidad de la época, marcadas por el individualismo y la oración mental, y de alta exigencia espiritual, una vuelta al fervor, a la vida auténtica cristiana, una «vida nueva» en el seno de una comunidad igualmente reformada y regenerada, una nueva devoción, o nuevo modelo de vida religioso «devoto», que tiene en el examen de conciencia, la meditación y la organización de congregaciones algunos de sus principales vértices<sup>41</sup>, y que, en éstas últimas, trata de fomentar y desarrollar, entre otros fines, un «aparente 'igualitarismo' devocional», aval, sin embargo, de «las diferencias sociales a través del reforzamiento de la humildad y, consecuentemente, la obediencia, tal y como deja entrever la concepción que tenían los misioneros de la caridad que fue una de las actividades más importantes de las congregaciones jesuitas»<sup>42</sup>.

Por último, estaría la tercera dimensión o faceta de la misión, amplia, rica, sugerente y preñada de símbolos, la misión como fenómeno o creación cultural, y por ende «acción ritual que implicaba a la colectividad», como construcción o elaboración, visión que participa de las aportaciones de Geertz o Turner, y que establece «una descripción funcionalista, no estática, de los procesos culturales, destacándose los aspectos contextuales y la dinámica cultural propia de las comunidades estudiadas»<sup>43</sup>; y la misión como conquista del mundo popular en los países católicos, entendiendo los elementos de aquella como instrumentos de culturización<sup>44</sup>.

#### FUENTES:

*CARTA de un Académico de la Universidad de Salamanca, escrita a un Cavallero de la Corte, refiriendo los progresos de la Misión, que en aquella Ciudad ha hecho el Ilustrísimo, y Reverendísimo Señor D. Fray Pedro de Salazar, Obispo de Salamanca, con el Reverendísimo Padre Thyrso González, Doctor Théologo de la Compañía de Jesus, y Cathedrático de Prima de la Universidad de Salamanca, este año 1682, Salamanca, s. n., 1682. s. n. -impresor desconocido-, 1682, 27 ff. [Biblioteca Nacional de Lisboa, PTBN1010292 o H.G. 6777/1].*

#### BIBLIOGRAFÍA:

- ALDEA VAQUERO, Q.; MARÍN MARTÍNEZ, T.; VIVES GATELL, J. (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, II-III, Madrid, 1972-1973.

- ÁLVAREZ GILA, O., «Las misiones católicas y los vascos. Notas sobre el apoyo y la propaganda religiosa misional en Euskalerría (1883-1960)», *Hispania Sacra*, XLVI/94 (1994), 663-702.

- ARANDA DONCEL, J., «Los predicadores cuaresmales en el obispado de Córdoba durante el siglo XVII», en ARANDA DONCEL, J. (coord.), *Congreso de Religiosidad Popular en Andalucía*, Cabra, 1994, 67-84.

- BROGGIO, P., *Evangelizzare il Mondo*, Roma, 2004.

- BURRIEZA SÁNCHEZ, J., «Misiones y misioneros jesuitas en la Xátiva de 'Nueva Planta'», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 17 (1998-1999), 321-352.

- CHATELLIER, L., *La religión de los pobres. Europa en los siglos XVI-XIX y la formación del capitalismo moderno*, Bilbao, 2002.

- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., «Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII», en MESTRE SANCHÍS, A. (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, IV: *La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, 1982, 5-72.

—, *La sociedad española en el siglo XVII*, II: *El estamento eclesiástico*, edición facsimil, Granada, 1992.

- DOMPNIER, B., «La Compagnie de Jésus et la mission de l'intérieur», en GIARD, L.; VAUCELLES, L. de (dirs.), *Les jésuites à l'âge baroque (1540-1640)*, Grenoble, 1996, 155-179.

- FERNÁNDEZ CORTIZO, C., «'Por una gota de miel, una tinaja de hiel': La confesión en las misiones populares en la Galicia del Antiguo Régimen», en BALBOA LÓPEZ, X.; PERNAS OROZA, H. (eds.), *Entre Nós. Estudos de Arte, Xeografía e História en homenaxe ó profesor Xosé Manuel Pose Antelo*, Santiago de Compostela, 2001, 277-294.

- FERNÁNDEZ DE ROTA, J. A., «Tradicción y revitalización de la experiencia religiosa», *Demófilo. Revista de Cultura Tradicional de Andalucía*, 33/34 (2000), 111-126.

- GAN JIMÉNEZ, P., «El sermón y el confesionario, formadores de la conciencia popular», en ÁLVAREZ SANTALÓ, L. C.; BUXÓ I REY, M<sup>a</sup> J.; RODRÍGUEZ BECERRA, S. (coords.), *La Religiosidad Popular*, II: *Vida y Muerte. La imaginación religiosa*, Barcelona, 1989, 111-124.

- GARCÍA DE CORTÁZAR, F., «La Iglesia en España: organización, funciones y acción», en ARTOLA GALLEGU, M. (dir.), *Enciclopedia de Historia de España*, III. *Iglesia. Pensamiento. Cultura*, Madrid, 1988, 11-74.

- GÓMEZ NAVARRO, S., «El cardenal Salazar y la política proborbónica de su tiempo», en GÓMEZ NAVARRO, S. (coord.), *Estudios de Historia Iberoamericana*, II, Córdoba, 2004, 218-230.

<sup>41</sup> TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., «El Real...», pp. 301-2. GONZÁLEZ LOPO, D., «Un nuevo modelo de...», p. 357. RICO CÁLLEDO, F. L., «Las misiones interiores en la España...», pp. 113-123; «Las misiones populares y la...», pp. 101 y ss.

<sup>42</sup> RICO CÁLLEDO, F. L., «Las misiones interiores en la España...», p. 113.

<sup>43</sup> *Ibid.*, pp. 124-5.

<sup>44</sup> PROSPERI, A., «El misionero», pp. 232-9; GÓMEZ NAVARRO, S., «Empezando a...», pp. 151-5.

- , «Empezando a pastorear: la misión del cardenal Salazar en la Salamanca de 1682, en BERNARDO ARES, J. M. de (coord.), *La sucesión de la Monarquía Hispánica, 1665-1725. I: Lucha política en las Cortes y fragilidad económica-fiscal en los Reinos*, Córdoba, Universidad-Cajasur, 2006, 105-159.
- GONZÁLEZ DE CHÁVEZ MENÉNDEZ, J., «Una misión del siglo XVIII. La misión en Canarias del mercedario fray Juan de Medinilla (1756-1759)», en MARTÍNEZ RUIZ, E.; SUÁREZ GRIMÓN, V. (eds.), *Iglesia y Sociedad en el Antiguo Régimen*, III Reunión Científica Asociación Española de Historia Moderna, I, Las Palmas de Gran Canaria, 1994, 327-334.
- GONZÁLEZ LOPO, D., «Un nuevo modelo de espiritualidad laica: las congregaciones jesuíticas y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en el siglo XVIII» en FERNÁNDEZ CORTIZO, C.; GONZÁLEZ LOPO, D. L.; MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, E. (eds.), *Universitas. Homenaje a Antonio Eiras Roel*, I: *Historia*, Santiago de Compostela, 2002, 345-360.
- GONZÁLEZ NOVALÍN, J. L., «Religiosidad y reforma del pueblo cristiano», en GONZÁLEZ NOVALÍN, J. L. (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, III-1<sup>ª</sup>: *La Iglesia en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1980, 351-384.
- JAVEL, D., «La pédagogie de la mission: Paroles, gestes et décors. L'exemple du diocèse d'Avignon au XIXe siècle», en *Les missions intérieures en France et en Italie du XVI siècle au XXe siècle*: actes du colloque de Chambéry (18-20 mars 1999), réunis para Christian Sorrel et Frédéric Meyer, Chambéry, 2001, 341-347.
- LEÓN NAVARRO, V., «La predicación como fuente de comunicación. Sus posibilidades y límites», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 21 (2003), 239-260.
- LÓPEZ GAY, J., «Los jesuitas y el 'proceso' a la evangelización de América», en *La Compañía de Jesús en América: evangelización y justicia, siglos XVII y XVIII*: actas [del] Congreso Internacional de Historia [celebrado en Córdoba, del 16 al 21 de septiembre de 1991], Córdoba, 1993, 149-155.
- LOZANO NAVARRO, J. J., *La Compañía de Jesús en el Estado de los Duques de Arcos: El colegio de Marchena (Siglos XVI-XVIII)*, Granada, 2002.
- MARTÍNEZ NARANJO, F. J., «Las congregaciones marianas de la Compañía de Jesús y su contribución a la práctica de la caridad (ss. XVI-XVIII)», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 21 (2003), 211-238.
- MARTÍNEZ RUIZ, E. (dir.), *Diccionario de Historia Moderna de España*, I: *La Iglesia*, Madrid, 1998.
- MATEO AVILÉS, E. de, «Las santas misiones en la diócesis de Málaga durante el siglo XIX», en ÁLVAREZ SANTALÓ, L. C.; BUXÓ I REY, M<sup>a</sup> J.; RODRÍGUEZ BECERRA, S. (coords.), *La Religiosidad Popular*, II: *Vida y muerte: Imagen religiosa*, Barcelona, 1989, 174-189.
- MORÁN, M.; ANDRÉS-GALLEGO, J., «El predicador», en VILLARI, R. (ed.), *El hombre barroco*, Madrid, 1992, 163-200.
- NAVAS, A., «San Ignacio como evangelizador y su incidencia en la orientación evangelizadora de los jesuitas en América», en *La Compañía de Jesús en América. Evangelización y justicia, siglos XVII y XVIII*: actas [del] Congreso Internacional de Historia [celebrado en Córdoba, del 16 al 21 de septiembre de 1991], Córdoba, 1993, 215-224.
- NEGREDO DEL CERRO, F., «Levantar la doctrina hasta los cielos: El sermón como instrumento de adoctrinamiento social», en MARTÍNEZ RUIZ, E.; SUÁREZ GRIMÓN, V. (eds.), *Iglesia y Sociedad en el Antiguo Régimen*, III Reunión Científica Asociación Española de Historia Moderna, I, Las Palmas de Gran Canaria, 1994, 55-63.
- O'NEILL, Ch. E.; DOMÍNGUEZ, J. M<sup>a</sup>, *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*, II-III, Roma-Madrid, 2001.
- PALOMO, F., *Fazer dos campos Escolas excelentes: Os jesuitas e as missoes de interior em Portugal (1551-1630)*, Lisboa, 2003.
- PÉREZ ORTEGA, M. U., «Misión giennense de fray Diego José de Cádiz, la supresión del teatro», *Demófilo. Revista de Cultura Tradicional de Andalucía*, 33/34 (2000), 127-141.
- PROSPERI, A., «El misionero», en VILLARI, R. (ed.), *El hombre barroco*, Madrid, 1992, 201-239.
- RICO CALLADO, F. L., «La reforma de la predicación en la Orden ignaciana: 'El Nuevo Predicador Instruido' (1740) de Antonio Codorniu», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 18 (1999-2000), 311-340.
- , «Conversión y persuasión en el barroco: propuestas para el estudio de las misiones interiores en la España posttridentina», *Studia Histórica. Historia Moderna*, 24 (2002), 363-386.
- , «Las misiones interiores en España (1650-1730): Una aproximación a la comunicación en el Barroco», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 21 (2003), 189-210.
- , «Las misiones interiores en la España posttridentina», *Hispania Sacra*, LV/111 (2003), 109-128.
- , *Las misiones interiores en la España de los siglos XVII-XVIII*, Alicante, Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003.
- , «Las misiones populares y la difusión de las prácticas religiosas posttridentinas en la España Moderna», *Obradoiro de Historia Moderna*, 13 (2004), 101-125.
- RUIZ SÁNCHEZ, J. L., «Cien años de propaganda católica: Las misiones parroquiales en la archidiócesis hispalense (1848-1952)», *Hispania Sacra*, L/101 (1998), 275-326.
- SANTOS HERNÁNDEZ, A., *Las misiones católicas*, Valencia, 1978.
- SORREL, Ch.; MEYER, F., «Avant-propos», en *Les missions intérieures en France et en Italie du XVI siècle au XXe siècle*: actes du colloque de Chambéry (18-20 mars 1999), réunis par Che. Sorrel et F. Meyer, Chambéry, 2001, 7-8.
- SOTO ARTUÑO, W., *La fundación del colegio de San Sebastián. Primera institución de los Jesuitas en Málaga*, Málaga, 2003.

- ST.CLAIR SEGURADO, E., «Las misiones jesuíticas del Extremo oriente en los Dictámenes de los Obispos españoles (1769-1770)», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 18 (1999-2000), 341-364.
- TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., «El Real Colegio de la Compañía en Salamanca y las Misiones Populares (1654-1766)», *Salmanticensis*, XXII/2 (1975), 297-330.
- , «Misiones populares en el siglo XVII. Los jesuitas de la provincia de Castilla», *Salmanticensis*, LXIII/3 (1996), 421-438.
- VENARD, M., «Du carême à la mission», en *Les missions intérieures en France et en Italie du XVIe siècle au XXe siècle: actes du colloque de Chambéry (18-20 mars 1999)*, réunis par Ch. Sorrel et F. Meyer, Chambéry, 2001, 9-18.
- VINCENT, B., «Les missions du Royaume de Granada», en CORTÉS PEÑA, A. L.; LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, M. L.; LARA RAMOS, A. (eds.), *Iglesia y Sociedad en el Reino de Granada (ss. XVI-XVIII)*, Granada, 2003, 149-158.